

# Siete Santos Padres Fundadores

## (Liturgia de las Horas, Misa de los 7 Fundadores y Misa de San Alejo Falconieri)

(17 de febrero)



Hacia el año 1240, mientras estaban en lucha el emperador Federico II y la Sede Apostólica, y en las ciudades de Italia reinaban las discordias y rivalidades, siete mercaderes florentinos, por su especial amor a nuestra Señora, hacía ya tiempo que pertenecían a una asociación laical llamada "Siervos de santa María", y, unidos por fraternal caridad, habían dado un espléndido ejemplo de vida evangélica y de servicio a los pobres y enfermos.

Los Siete, impulsados por el Espíritu, decidieron retirarse a un lugar solitario para dedicarse en común a la penitencia y la contemplación. Así, pues, renunciaron al oficio de mercaderes, dejaron sus casas, repartieron sus bienes entre los pobres y las iglesias y, vistiendo el sayal "de paño humilde y descolorido", propio de los penitentes de aquel tiempo, se retiraron primero a una humilde casa fuera de la ciudad; allí, perseverando en el servicio del prójimo y ayudándole en sus necesidades corporales

y espirituales, dieron un admirable testimonio de caridad.

Más tarde, en torno al año 1245, para apagar sus sed de vida contemplativa y entregarse sin tregua a la oración, y para evitar también el peligro de que el jefe de la facción gibelina los obligara a volver a sus casas, siguiendo el consejo de Ardingo, obispo de Florencia, y de san Pedro de Verona -quien se encontraba en esa ciudad y aprobaba su espíritu y estilo de vida-, subieron a la soledad de Monte Senario, no lejos de Florencia, donde construyeron una casa de "material pobre" y erigieron una pequeña iglesia en honor de santa María.

Llevaban una vida austera y penitente, en la que algunos elementos provenían de la tradición eremítica, otros de la cenobítica: se ganaban el pan con el trabajo de sus manos, salmodiaban juntos, se ejercitaban en la oración solitaria, se abrían a la palabra de Dios en el silencio y la contemplación; y no rehusaban el trato con los que, agitados por dudas y ansiedades, subían a Monte Senario en busca de consejo y de caridad.

Su pobreza fue digna de elogio, como la atestigua el "acta de pobreza" de la que hace mención la bula "*Deo grata*" del papa Alejandro IV: por ella, fray Bonfilio, prior mayo de la iglesia de santa María de Monte Senario, y los demás frailes prometieron solemnemente que nunca tendrían cosa alguna en propiedad. Andando el tiempo, algunos fueron ordenados presbíteros.

Como su fama de santidad se iba propagando, fueron muchos los que pedían unirse a ellos, y así, con el tiempo, conservando el nombre de Siervos de santa María, adoptaron la Regla de san Agustín con las oportunas adaptaciones. En cuanto al hábito que llevaban, el último redactor de la "Leyenda sobre el origen de la Orden" refiere que los siete Padres lo vistieron "para significar la humildad de la Virgen María y como recuerdo de los dolores que sufrió en la pasión de su Hijo". Por todo lo cual, en los antiguos documentos, estos siete hombres son llamados con razón "nuestros progenitores" y "nuestros padres", puesto que ellos



fueron los verdaderos fundadores de los Siervos de santa María. La Orden empezó enseguida a extenderse por la Toscana y otras regiones del centro de Italia, contribuyendo a una mayor difusión de la luz del Evangelio y del culto a la Virgen María.

El obispo Ardingo aprobó los primeros estatutos de los Siervos de santa María y según datos fidedignos, el papa Inocencio IV les concedió la protección de la Sede Apostólica y, además, aprobó su género de vida pobre y penitente. Su sucesor Alejandro IV, en 1256, confirmó la aprobación de su predecesor con la bula "*Deo grata*". Finalmente, después que, gracias a la gestión de san Felipe Benicio, fueron superados los obstáculos que se oponían a la vida y propagación de nuestra Orden, el papa Benedicto XI, en 1304, con la bula "*Dum levamus*" aprobó definitivamente la Orden de los Siervos de María. En esta última se lee una importante afirmación sobre el espíritu primigenio de la Orden: "Vosotros, por la gran devoción que tenéis a la bendita y gloriosa Virgen María, habéis tomado de ella el nombre y habéis querido ser llamados humildemente Siervos de la Virgen".

Estos siete hombres, que durante sus vidas habían permanecido unidos por el vínculo de una auténtica fraternidad, fueron luego objeto de una misma y única veneración. El papa León XIII, el año 1888, los canonizó a todos juntos con los nombres de Bonfilio, Bonayunta, Maneto, Amadeo, Hugo, Sosteño y Alejo. Sus cuerpos se conservan en Monte Senario, en un mismo sepulcro; así, un solo relicario guarda los restos mortales de aquellos que habían vivido siempre como hermanos.

Oración

Dios, Padre de misericordia, con inefable designio de tu providencia dispusiste que nuestra Señora, por medio de los siete santos Fundadores, suscitara la familia de los Siervos de María: concédenos que, dedicados plenamente al servicio de la Virgen, te sirvamos a ti y a nuestros hermanos con mayor fidelidad y entrega. Por Jesucristo nuestro Señor.



### De la "*Leyenda*" sobre el origen de la Orden de los Siervos de santa María Virgen.

(Nn. 15.26-27. 16-19.21.30.41.48.44 passim; en *Monumenta OSM*, I, p.71 ss.)

Nuestra Señora quiso dar comienzo a su Orden y la de sus Siervos con siete hombres, para demostrar con mucha claridad a todo el mundo, cómo Ella quería engalanar a su Orden con una abundante efusión de los siete dones del Espíritu Santo. Así manifestaba abiertamente a los ojos de todos que desde entonces y en adelante la Orden debía conservarse por medio de hombres dotados de los dones del Espíritu de Dios. A todos quiso hacer ver, con claridad absoluta, que su Orden le sería siempre grata, hasta la séptima edad gracias a los dones del Espíritu Santo.

Existieron pues siete hombres de tan alta perfección, que nuestra Señora consideró digno dar principio a su Orden por medio de ellos. Cuando yo entré en la Orden no encontré a ninguno de ellos todavía vivo, con excepción de uno que se llamaba fray Alejo, a quien ya he mencionado. Agradó a nuestra Señora librar de la muerte corporal a fray Alejo hasta nuestros tiempos, para que, por sus relatos, conociéramos el origen de nuestra Orden, y así pudiéramos transmitir el recuerdo de esos comienzos a los frailes que ingresaran en nuestra Orden hasta el fin de los tiempos.

Efectivamente, para que con la muerte de fray Alejo no se perdieran irremediabilmente los datos y testimonios sobre el origen de nuestra Orden, y para que a nosotros, sus contemporáneos, no se nos inculpara de ingratitud, en varias ocasiones lo interrogué sobre esta materia.

Un día fui a verlo en su celda, con este fin preciso. Animado por un gran deseo de saber, lo entrevisté con sumo interés, tratando de recoger lo más ordenadamente que pude, todas las noticias más importantes con respecto a los orígenes. Transcribí luego en un folio en forma ordenada, todas las informaciones que de él había obtenido. Después, acostumbraba leer frecuentemente este escrito, siempre con gran amor, examinando detenidamente su contenido para fijarlo bien en mi memoria. Pero un día, en el convento de Siena, estaba yo sentado casualmente en el borde del pozo, teniendo en mis manos dicho documento que siempre llevaba conmigo y lo leía con mucha reverencia. Improvisamente, por envidia del diablo<sup>[56]</sup>, se me zafó de la mano, ondeó un poco en el aire y, con gran dolor de mi corazón, fue a terminar en el pozo.

Después de esta pérdida, claro, con el paso de los años he olvidado muchos detalles que estaban escritos en el documento. Pero siempre he conservado en la memoria las noticias esenciales sobre el origen de nuestra Orden, tal y como las escuché del citado fray Alejo. Son las mismas que ahora reporto con absoluta fidelidad, por voluntad de nuestra Señora, quien me incita a hacerlo ahora, con particular insistencia, y las entrego para siempre a la memoria de los frailes que vendrán, como un gran tesoro que ellos han deseado.

Además, como yo mismo pude experimentar y observar con mis ojos, la vida de fray Alejo era tal que no sólo incitaba a los presentes con su ejemplo, sino que manifestaba la perfección suya y la de sus compañeros, al igual que el mencionado ideal religioso de los mismos. Debido a su avanzada edad, a sus enfermedades y al largo tiempo en que había soportado en la Orden el “peso del día del calor”, hubiera sido muy natural que buscara el necesario reposo, que pidiera alimentos adecuados a su edad, que utilizara vestidos que conservaran el calor, que durmiera sobre una colchón blando para dar alivio y descanso a su frágil cuerpo. En cambio, por su santidad y demostrando en ello su perfección y religiosidad, buscaba siempre lo contrario. Nunca pedía para sí mismo alimentos especiales o delicados, sino que comía siempre en el refectorio común, contentándose con la comida de la comunidad. Y si alguna vez, al agravarse la enfermedad, no podía participar a la comida en común con los demás frailes, no quería que por ello le cambiaran los alimentos del convento, sino que consumía lo que estaba preparado para la comunidad. Cuando mucho, sin exigir alimentos especiales o más abundantes, recogía algunas verduras en el huerto y las comía, habitualmente cocidas, para soportar el frío de su enfermo y anciano cuerpo.

Aborrecía el uso de vestidos demasiado finos, o mejor, buscaba conservar en el vestido un justo medio, evitando tanto la dejadez como el refinamiento. No quería que le fuera asignado un lecho adaptado a sus enfermedades, es decir cómodo y suave; sino que, como les consta muy bien a todos los que vivieron con él en el convento, usaba tablas de madera en lugar de colchón y un paño áspero en lugar de sábanas.

No evitaba los trabajos materiales, como de ordinario acontece a esa edad, sino que siempre los realizaba hasta más allá de sus fuerzas; y, aún cuando los frailes se quejaban por eso, no escatimaba esfuerzo alguno en cumplirlos, con gran deleite suyo. En sus acciones, palabras y en todo su obrar conservaba la humildad y la caridad. Y nunca dejó de tener esta señal de la humildad, él que, como se ha dicho, era hombre de grandísima perfección y era considerado por todos los frailes con el máximo



honor y respeto por tratarse de uno de los primeros Siete frailes, mediante los cuales nuestra Señora empezó la Orden. Buscaba, en cuanto de él dependía, ejercer los oficios comunitarios, incluso los más humildes y pesados, como el último de los frailes. Mientras que le fue posible, hasta contra el parecer de los frailes, quiso siempre salir del convento para buscar el sustento, en su día de turno, soportando el cansancio como cualquiera de los frailes más sanos y más recientes en la comunidad. Además se esforzaba por cumplir, como los demás frailes, con todas las tareas del convento, aunque fueran despreciables a los ojos del mundo. De esta manera manifestaba su amor hacia los hermanos y la humildad de su corazón, dejando un ejemplo que pueden imitar todos los frailes que deseen servir fielmente a nuestra Señora.

Antes de que vivieran juntos para dar origen a nuestra Orden, los estados de vida de estos hombres eran de cuatro tipos: el primero era con respecto a la Iglesia; el segundo en relación con la vida civil; el tercero en cuanto al honor de nuestra Señora; el cuarto, en lo que respecta a la perfección de su alma.

El primer estado de estos hombres pues se refiere a la Iglesia. Efectivamente hay que admitir tanto para la Iglesia como para la fe un triple estado universal, en el que se encuentran la Iglesia y los fieles; a saber: el estado de virginidad, propio de aquéllos que se conservan tales antes del matrimonio; el estado de los comprometidos en el matrimonio; y finalmente el estado en que el matrimonio queda disuelto, ya sea por la muerte de uno de los cónyuges, o bien por mutuo acuerdo, en el caso de que uno de los mismos se proponga vivir en completa castidad por amor a Dios.

En este triple estado de la Iglesia, los siete hombres mencionados se comportaron dignamente, antes de su vida en común. Algunos de ellos, habiéndose decidido a guardar la virginidad o la castidad perpetua, no se habían unido en matrimonio; otros en cambio estaban ya casados; y por fin otros más se encontraban libres del vínculo matrimonial por la muerte de la esposa.

¡Que obra de amor tan grande y admirable, llena de incomprensible misterio! Por una parte, mediante el número siete de los citados hombres encargados de iniciar su Orden, nuestra Señora quiso manifestar claramente que la futura perfección de la misma debía consistir en los siete dones del Espíritu Santo. Por otra, mediante el triple estado de la Iglesia, en el cual ellos laudablemente se encontraban, quiso hacer bien patente que todos, en cualquier estado se encontraran, podían acudir tranquilamente a su Orden, como a la sexta ciudad de refugio espiritual, con el fin de conseguir la salvación de su alma, o también conservarla, en el caso que ya la hubiesen adquirido; y por último, habiendo ingresado a la Orden y después de haberle debidamente y fielmente servido hasta el fin de la vida, obtener de Ella y de su Hijo la gracia y la gloria.

Este era su primer estado, antes de que vivieran en común, como se expone en el libro de las *antiguas Constituciones*: “Como algunos de éstos estaban ligados por el vínculo del matrimonio, y por eso no podían emprender una vida más austera, decidieron escoger un camino medio y más común, que pudiera ser puesto en práctica más fácilmente tanto por los casados como por los no casados”.

El segundo estado de ellos, antes de que tuviese inicio nuestra Orden, se refería al bien de la ciudad. Efectivamente el progreso de una ciudad y de sus ciudadanos se basa en el intercambio de las cosas terrenas. Con el fin de hacerlo más fácil y provechoso, se establecieron en la ciudad diversas formas y tácticas de comercio y de trabajo. Ahora bien, estos siete hombres, antes de reunirse para vivir en común, se ocupaban en el comercio, vendiendo y canjeando bienes terrenos. Pero luego encontraron la perla





preciosa, o más bien nuestra Señora les hizo comprender que la unión de sus personas debía crear y producir nuevamente en el mundo esta perla, bajo la guía del Espíritu Santo. Para conseguir esta perla, es decir nuestra Orden, o mejor aún para obtener de nuestra Señora que por medio de ellos esta perla fuera creada, introducida nuevamente en el mundo y donada a cuantos deseaban servir digna y fielmente a nuestra Señora, no sólo repartieron entre los pobres lo que poseían, vendiendo todo según el consejo evangélico, sino que también se comprometieron alegremente a ofrecer un servicio fiel a Dios y a nuestra Señora.

Y así, mientras anteriormente eran comerciantes de cosas terrenas, ahora, convertidos en un solo cuerpo por la unidad radical de sus personas, empezaron a practicar una nueva profesión: el arte de llevar

las almas a Dios y a nuestra Señora, de conservar en tal unión a las que ya se encontraban en ella, y de conducir las a un servicio siempre más fiel. De esta manera se convirtieron en atentos negociantes de los bienes celestes, movidos por el amor de todas las almas que podían salvar.

Este tipo de comercio y de profesión que ellos habían iniciado alcanzaría más tarde una completa perfección por obra del beato Felipe, para ser transmitido después como una herencia a los frailes deseosos de servir fielmente a Dios y a nuestra Señora. Este era pues su segundo estado de vida.

Su tercer estado de vida, antes del origen de la Orden, se refiere a la reverencia y al honor hacia nuestra Señora.

Existe, en efecto, en Florencia cierta agrupación en honor de la Virgen María, fundada hace ya mucho tiempo. Por su antigüedad, santidad y el gran número de socios hombres y mujeres que la forman, se le llama en modo particular “la mayor”, con respecto a las muchas otras asociaciones dedicadas a nuestra Señora, que en esta ciudad son numerosas. Todas estas tienen el nombre genérico de “Sociedades de Nuestra Señora”, pero sólo a la primera se le da el título especial de “Sociedad Mayor de Nuestra Señora”. A ésta pertenecían – anteriormente a su vida en común- los siete hombres ya mencionados, iniciadores de nuestra Orden por su apasionado amor a nuestra Señora.

Por el hecho de que nuestra Orden tiene su origen en la provincia toscana, y precisamente de la ciudad de Florencia y de la Sociedad mayor de nuestra Señora, todos los frailes de nuestra Orden están obligados, como es obvio, no sólo a amar de corazón y a honrar el lugar y la gente de esta provincia y ciudad y a la ya mencionada Sociedad, sino también a pedir siempre a Dios con devoción por la salvación de estos lugares y por la santificación de las personas.

Por su parte, los habitantes de dicha provincia en general, y los de la ciudad de Florencia en especial, y aún más todos los miembros de la mencionada Sociedad Mayor



de nuestra Señora, en razón del gran beneficio que nuestra Señora les ha concedido, se sentirán para siempre obligados a venerar con profundo respeto a los frailes de la Orden de los Siervos de Santa María y a la Orden entera en todos lugares donde se encuentren, y a procurar con todas sus fuerzas, según sus posibilidades, todo lo que ayuda a promover el honor de nuestra Señora y el beneficio de los frailes.

Como la ciudad de Bolonia se siente honrada por el beato Domingo y por el origen de la Orden de los Predicadores; y la ciudad de Asís es venerada en todo el mundo por motivo del beato Francisco y por el origen de la Orden de los frailes Menores, así la ciudad de Florencia se ha ennoblecido de manera especial, singular y admirable, gracias al beato Felipe y a los recordados siete hombres, y por tanto al origen de la Orden de nuestra Señora.

Si pues los boloñeses deben enaltecer a la Orden de los Predicadores en la medida de lo posible, y la ciudad de Asís está obligada a favorecer y socorrer de todo corazón a la Orden de los frailes Menores; así los toscanos en general y los ciudadanos de Florencia en especial, y particularmente los miembros de la mencionada Sociedad mayor de Santa María, para reverencia y honor de la misma nuestra Señora, deben conservar, ayudar y fomentar la Orden que ha nacido entre ellos, como un tesoro que en modo especial les ha confiado nuestra Señora, y a favorecer su desarrollo en Florencia y en todas partes.

De tal forma se presenta el tercer estado, el cual, en lo que se refiere al culto de nuestra Señora, es descrito por el ya citado libro de las Constituciones en estos términos: “Preocupados por su imperfección, tomaron una sabia decisión: con humildad y con todo el amor de sus corazones se pusieron a los pies de la Reina del cielo, la gloriosísima Virgen María, para que Ella, como mediadora y abogada, los reconciliara y encomendara a su Hijo; y para que, supliendo con su abundante caridad la imperfección de sus siervos, les consiguiera, por su misericordia, abundancia de méritos. Por eso, para el honor de Dios, se pusieron al servicio de la Virgen, su Madre, y desde entonces quisieron llamarse *Siervos de Santa María*, adoptando un estilo de vida que les fue sugerido por personas sabias”.

Su cuarto estado, antes del origen de nuestra Orden, se relaciona con la perfección de su alma y por tanto con la dignidad de nuestra Orden, que de esta manera sería fundada por hombres ya entrenados en el camino de la perfección.

La perfección de una persona en relación con Dios consiste en que la vida se reviste, como de un hábito, de la fe cristiana. Porque sólo cuando el ejercicio de la verdadera y cristiana religión se vuelve una cualidad habitual de la persona, puede manifestarse en ella la vida sobrenatural, la que comienza con el bautismo o la penitencia. En efecto, dice Isaías, *si no creemos, tampoco comprenderemos*; y así tampoco podremos conocer la ya mencionada vida.

Ahora bien, el bautismo es el sacramento de la fe, pues por medio de él se obtiene la fe, o mejor dicho, la fe nos es donada por Dios. La penitencia en cambio es la recuperación de la fe perdida por la herejía, o bien la devolución de su primera belleza, manchada por el pecado, mediante la remoción del mismo. En efecto, como ya se ha dicho antes, la verdadera fe en Cristo es la fuerza de la vida sobrenatural, iniciada por el bautismo y la penitencia, y revalorizada por la contemplación de la Pasión de Cristo. Por medio de esta contemplación, nuestra alma se une a Dios y celebra un culto digno de El.

Nuestros venerables y primeros padres e iniciadores de la Orden eran ya perfectos antes de que vivieran en común. Efectivamente por medio de la penitencia, voluntariamente aceptada, la verdadera fe cristiana se había convertido para ellos como en un hábito, aunque no todos observaban las obligaciones que provienen del bautismo. Por medio de esta orientación profunda, que la verdadera fe había creado en ellos, contemplaban ya la vida superior de la gracia, y por amor a ella habían ya unido a Dios sus almas, o más bien trataban de mantenerlas en este vínculo. Con todas sus fuerzas celebraban de esta manera un culto agradable a Dios.

No hay duda de que ellos poseían aquella virtud de la fe cristiana. En efecto, con respecto a nosotros, la virtud es una cualidad habitual que nos hace capaces de elegir; reside en la mente y está determinada por la razón, según enseña la sabiduría. Estos hombres gloriosos, primeros iniciadores de nuestra Orden, conocieron con la ayuda de Dios la virtud de la fe, y anhelaron adornarse perennemente con esa preciosísima perla que acababan de encontrar y cuyo valor habían conocido. Por ello, se desprendieron por completo de sí mismos y de sus bienes, con tal de poseerla.

En todas sus acciones, además, trataron de seguir los dictados de la razón: no los dictados de algún sabio del mundo, sino más bien los que la Sabiduría Eterna ha fijado en sus santísimas palabras evangélicas. No cabe duda, pues, de que ellos poseían el hábito de la religión y de que en ellos la religiosidad se convirtió en un comportamiento personal constante. Por eso poseyeron la perfección según Dios y practicaron las obras típicas de tal perfección; en efecto, la virtud lleva a la perfección a quien la posee y hace buenas sus obras. Un signo más de que la fe se ha convertido verdaderamente en una orientación habitual de la persona es el regocijo o la tristeza en la actuación concreta. Ahora bien, sabemos que estos gloriosos varones manifestaban satisfacción o abatimiento en todo lo que realizaban. Cada vez que en una acción suya se daban cuenta de que seguir la vía del justo medio, su alegría en el Señor era inmensa. Si de lo contrario, se alejaban de la vía justa o al menos pensaban que se habían alejado, se arrepentían de aquella conducta con dolor y con lágrimas. Así que por esta señal de gozo o de tristeza por su modo de obrar, debemos creer firmemente que ellos, inspirados por Dios y auxiliados por nuestra Señora, poseían la fe como una cualidad profunda y estable de su vida.

Finalmente, por este vínculo que los unía a Dios su fe había llegado a la perfección. Para conservar la orientación que la fe había dejado en ellos y manifestar su eficacia con las obras, se mantenían continuamente ocupados en el culto divino.

Pero hay dos clases de culto divino: uno es genérico, propio de los que viviendo en el mundo, después del bautismo o cuando menos después de la penitencia, desean mantenerse lejos del pecado; y el otro es propio de los que pasan al estado religioso, donde no sólo se conservan lejos del pecado, sino que además se comprometen con los tres votos religiosos y quieren dedicarse totalmente al servicio divino.

Cuando estos hombres religiosos, los primeros que nos han precedido en nuestra Orden, vivían todavía en el mundo, pero ya estaban unidos a Dios por el amor de una vida más perfecta, practicaban el primero y genérico culto divino: amaban a Dios<sup>[46]</sup> sobre todas las cosas y, encaminando a Él todo lo que hacían, lo honraban con todos sus pensamientos, palabras y obras.

De esta manera, atribuyendo a Dios todas sus buenas obras y reconociéndolas como inspiradas por Dios, vivían este primer y genérico culto divino; y así se preparaban

para el segundo y especial culto, esto es, para su vida de comunión recíproca y para los tres votos religiosos, o sea para la obligación perpetua de observar el voto de obediencia, castidad y pobreza, y para el voluntario compromiso de dedicarse sólo al servicio de nuestra Señora.

Movidos por divina inspiración, tomaron la firme determinación de vivir juntos, para la salvación de sus almas, en una continua penitencia hasta la



muerte. Esta decisión fue tomada no de manera superficial o en modo casual, sino después de seria y prudente consideración y bajo el especial impulso de nuestra Señora. De esta misma manera, con gran escrupulosidad se preocuparon por todo aquello que era necesario para alcanzar, con toda justicia y libertad, el ideal que se habían fijado, y para poder entregarse perfecta y completamente por el resto de su vida al servicio de Dios.

Para llegar entonces a una precisa conclusión, como primer paso se deshicieron de todo lo que podía ayudarles a efectuar esa codiciada unión de vida, por supuesto de acuerdo con la mencionada justicia y completa libertad: dispusieron pues, acerca de sus propias casas y familias, y dejándoles a éstas últimas lo necesario, repartieron lo sobrante a los pobres y a las iglesias, para mortificación de sus almas; en fin acordaron de no guardar absolutamente nada para sí en el momento de su unión.

Además, aquellos que todavía estaban ligados en matrimonio, desvinculándose del mismo con el consentimiento de sus respectivos cónyuges y de acuerdo con las disposiciones del derecho, dejaron también que se consagraran al servicio divino a las que quisieran por su propia voluntad.

Y por todo lo que se refiere a todo aquello que hubieran podido administrar sin dejar de prestar servicio al Señor y viviendo ya juntos, arreglándolo mucho tiempo antes de su unión real, cada quien se preparó en su propia casa mediante un cuidadoso estudio, acostumbándose sistemáticamente a todo lo que hubiere tenido que observar al momento e unirse en forma definitiva.

Ahora bien, arrojando de una vez la vestimenta preciosa y sirviéndose de la más corriente, todos usaron al principio una capa y túnica de paño gris; luego, dejando las camisas de linos, se ciñeron de cilicios; enseguida, sustentándose moderadamente con escasos alimentos y bebidas, se esforzaron de hacerlo sólo por necesidad; después, rehusando absolutamente a las inclinaciones carnales, observaron perfectamente el pudor. Vigilaban sus pensamientos, palabras y sentidos, así que procuraban reducirlos al punto justo, manteniéndolos dentro de los límites del exceso y de la deficiencia; entreteniéndose además día y noche en la oración, aprendieron a complacerle solamente a Dios; y huyendo después del bullicio mundano y de las aglomeraciones de los hombres, se iban a los templos y lugares retirados y devotos, donde pudieran entregarse más libremente a la contemplación. Por último, buscando comunicarse con hombres sabios y ejemplares en su comportamiento, hacían lo posible para conversar con ellos, a fin de fortalecerse en su propósito según la inspiración de Dios, exponiéndoles su manera de pensar y las intenciones de su espíritu.

Existe, en efecto, un cierto monte que dista como ocho millas de la ciudad de Florencia y está lleno de cuevas, donde en alguna parte repercute el eco de cualquier sonido, y por la misma resonancia se le nombró anteriormente Sonaio o Sonario; aunque después, corrompiendo la palabra, fue llamado por la mayoría del pueblo Asinario, agregándole desde un principio una a de más y cambiándole impropriamente la o en .

Dios, por inspiración suya, mostró este monte a nuestros ya recordados Padres, y los alentó a subir y vivir en él para satisfacer su deseo.

Viendo de lejos este monte indicado por Dios, que se alzaba entre los montes circundantes, se dirigieron hacia allá arriba para enterarse de su disposición, y descubrieron en su cima una hermosa explanada, aunque reducida; a un lado, una fuente de agua pura y





en las inmediaciones, un bosque bien arreglado, como si hubiera sido plantado por el hombre. Este era verdaderamente el monte *preparado* por Dios. Lo consideraron muy adecuado para su propósito por encontrarse alejado de las habitaciones de los hombres y ya listo en su cima para el que quisiera practicar la penitencia, y dieron infinitas gracias a Dios.

Una vez encontrado el lugar conveniente para realizar sus proyectos, ya no exclamaban: "Venid, busquemos", sino más bien: "*Venid, subamos al monte* del Señor, y veamos el lugar que Él nos ha preparado, que es idóneo para nuestra penitencia". Y con temor de Dios y con gozo se decían uno a otro: "¿Por qué dudamos? Venid, venid, salgamos de la ciudad, dejemos las conversaciones del mundo, no fijemos nuestra morada *en lugares cercanos; tampoco miremos atrás*, para no ver lo que puede ser de daño a nuestra alma; más bien, *subamos a este monte* del Señor, reservado a nosotros por la divina providencia, para que podamos cumplir en todo su voluntad, como es nuestro deseo".

Así, dejando la casa que tenían antes en Florencia, subieron al mencionado monte, construyendo luego una pequeña casa en el punto más alto, con el fin de establecer en ella su primera morada.

Se les acercaban, pues, muchos hombres de todas partes y ansiaban asociarse con ellos por amor a la patria celestial. Estos hombres gloriosos, nuestros Padres, reconocían por tantas señales que el Señor había tomado bajo su cuidado sus almas desde el momento que habían iniciado su vida común. Y estaban seguros de que todo sucedía por disposición divina. Comprendieron que también el firme propósito de los que deseaban agregarse a ellos en la penitencia procedía de la inspiración divina.

Por todo esto, empezaron a considerar se habían reunido por obra misteriosa de nuestra Señora, y que habían sido invitados por inspiración divina a fijar su morada sobre un monte tan apto para su vida penitente, no sólo para alcanzar la santidad y conservarla, sino también para reunir a su alrededor a otras personas deseosas de emprender un camino de santidad y hacer crecer la nueva Orden que había iniciado por obra de Nuestra Señora. Así, por medio de su palabra y ejemplo - y el de aquellos frailes que ingresarían más tarde a la Orden - apartarían a muchos del error y los conducirían a la perfección de la virtud. Guiándolos al conocimiento del amor de Dios, los encaminarían a poseer la patria celeste.

Entonces, aunque les costaba infinitamente dejar la riqueza de la contemplación para dedicarse al cuidado de los demás, como anhelaban cumplir en todo la voluntad de Dios (y en los recientes acontecimientos veían claramente esta voluntad), se dispusieron a incorporar como hermanos a aquellos que les parecían fundados en el temor de Dios. Desde entonces aceptaron a algunos de ellos.

Debiendo ellos vivir en dicho monte y adornarlo con su presencia, los siete primeros Padres construyeron allí tres tiendas: una material, una mística y una moral.

La tienda material fue la pobre casa que construyeron sobre el monte. Ésta les fue indicada así por divina inspiración: fundada sobre la cima del monte; construida con material corriente; regada por una fuente de agua abundante; rodada por un hermoso bosque de árboles; embellecida por un prado de hierba verde; dotada por Dios de un aire salubre y



completada, finalmente, con la presencia de nuestros Padres.

La tienda moral fue la morada espiritual de Cristo en la mente de cada uno de ellos. Esta casa les fue indicada sobre el monte como un modelo que representa a Cristo: erigido por la misma Sabiduría; fundado sobre la perfección de la caridad, ubicado en el alma de cada uno de nuestros Padres, edificado en armonía con las virtudes y sostenido por ellas mismas; decorado interiormente por el candor de la pureza, embellecido exteriormente por el resplandor de las buenas obras y acabado, finalmente, con la presencia de Cristo.

La tienda mística fue el refugio especial de los frailes de nuestra Orden. Refugio construido principalmente por nuestra Señora: fundado sobre la humildad de nuestros Padres; construido con la concordia de los mismos; conservado por la pobreza; adornado por la pureza y perfeccionado con la presencia de los santos frailes que deberán sucederse constantemente en la Orden hasta el día del juicio.